



VIII Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2006

CATEGORÍA JUVENIL: Primer Premio

Relato premiado: *“Gritos”*.

Autor / a: Alba Otin Lafuente. Movera (Zaragoza).

GRITOS

Los gritos procedentes de la iglesia cesaron. La confesión había terminado, y todos los griseleros observaban atemorizados cómo la puerta de la iglesia cedía ante la fuerza del soldado que la empujaba. Era el ejército Real que había sido mandado desde Tarazona para cumplir con su labor: purgar a los pueblos cercanos de la amenaza de criaturas malignas, que tenían contacto con el Diablo.

Así pues, éste portaba un peto de acero templado, que emitía reflejos de la luz del sol, y una capa azul oscura con el escudo de Tarazona.

Con letras de plata, la inscripción: “TVRIASO TVBALCAIN ME AEDIFICAVIT HERCULES ME REAEDIFICAVIT” rodeaba la capa y contrastaba bellamente con el añil de la tela.

La puerta terminó por ceder, y dos soldados sacaron en volandas a una mujer que se revolvía en los brazos de sus opresores, dando patadas al aire, e intentando, incluso, morderles. Pero la mordaza que le habían colocado hacía bien su papel, y ni siquiera podía gritar.

Cuando la subieron a la plataforma de madera donde estaba la pila de leña rociada con aceite, los ojos de la mujer se desorbitaron y creyó morir de angustia. No quería ser quemada. Y menos siendo inocente. Pataleaba ferozmente, pero los fornidos soldados la consiguieron subir y atar al poste de madera con dos cuerdas.

Le rodearon la cintura y los pies, y apretaron lo máximo que pudieron. A Zita no le molestó la cuerda de la cintura, pero la del tobillo le producía un dolor desgarrador debido a su cojera. Cuando el humo la hizo toser, comenzó a

llorar. Apenas podía respirar, pues por si fuera poco, la mordaza no le dejaba abrir la boca y comenzó a sentir cómo sus pulmones ardían.

Las heridas que le habían hecho en la espalda, al intentar que se declarara culpable de brujería, se aplastaban contra el tronco donde la tenían atada, sangrando abundantemente; miró sus pies y un pequeño charco de sangre se había formado bajo ellos.

La plaza estaba en silencio, sólo se oía el chisporroteo del fuego en contacto con la madera. Pero cuando Zita se pudo quitar la mordaza con un giro brusco de la cabeza, cuando las llamas ya lamían su piel, comenzó a gritar agónica y desesperadamente.

Muchas mujeres del pueblo comenzaron a llorar. Habían vivido con esa muchacha desde que eran niñas, y perderla les resultaba doloroso. Los hombres, por otra parte, no parecían muy conmovidos ante la escena, ya que muchos sonreían altivos y otros, simplemente, miraban a los soldados o al cielo, para no observar el cuerpo de Zita envuelto en llamas.

Los que sonreían orgullosos de poder deshacerse de una bruja y cumplir con las órdenes del obispo de Tarazona, aplaudieron cuando el cuerpo de la joven se quedó quieto y sus gritos de dolor cesaron. Fueron crueles aplausos los que cargaron a las mujeres de sentimientos de ira. Pues en el lugar donde se encontraban habían sido todos congregados hacía apenas un mes por el mensajero personal del obispo.

La noticia de que, las mujeres quedaban en secreto para mantener contactos con el Diablo, que preparaban pócimas para embrujarlos, y que comían los hijos de las que no practicaran la brujería, hizo enfurecer a los aldeanos, que exigieron la quema de la primera bruja.

El alcalde también lloraba, en silencio, pues había muerto una de las pocas mujeres que quedaban en el pueblo tras la peste y los asaltos de Castilla a Tarazona. Él sabía que había sido por su culpa, que no quería quedarse atrás pues todos los pueblos habían sacrificado ya a varias mujeres. Román creyó con eso -inocente de él- que podría ganarse el favor del obispo, y los impuestos con los que Grisel pagaba, bajarían. Pero no fue así. Ahora, después de ver la reacción que la quema de la mujer había producido sobre los hombres, tuvo miedo. Temió que acusaran unas familias a otras de tener entre los suyos a brujas. Esto, que irremediablemente llegaría hasta los oídos del obispo, supondría acoger de nuevo a los soldados que no pagaban nada en la taberna, y tener que ejecutar a otra mujer. Era algo que le parecía horroroso, pero que sabía que llegaría a ocurrir.

Todo por culpa suya, todo por intentar liberar a su pueblo de gravosos impuestos.

“Muchas mujeres van a morir por una estúpida causa que todos los hombres creerán. Zita ha sido la primera, pero no la última.” Se decía apesadumbrado, mientras limpiaba sus lágrimas con la manga de la camisa. “¿Por qué tuve que acusar a esas pobres mujeres?”

El soldado de más alto rango cogió una pluma, y sobre el nombre de Zita Frago, que aparecía junto al blasón de la familia, un fondo plateado y tres armaduras. Observó atentamente los nombres que seguían a los de la mujer, que momentos antes gritaba agónica, y sonrió, pues su sangre fría le indicaba que las próximas muertes serían todavía, más dolorosas.

Colocó la punta de la pluma sobre el escudo donde venía ilustrado una fuente rebosante de agua y la pluma soltó una gota de tinta negra que empapó el papel.

“Lafuente” se dijo “bonito apellido para unas pobres criaturas.”

El sol se escondió un momento detrás de las nubes grises que iban hacia el Moncayo, y la plaza del pueblo se sumió en la oscuridad.

En el cielo, una columna de humo negro se elevaba sobre el horizonte azul claro, en un caluroso día de verano.

Dulza y Chisida volvían a casa tras una larga mañana de recolección. El tostado monte se les antojaba cada vez más fácil de recorrer, y la pequeña casilla de piedra donde se alojaban en verano, les resultaba mucho más acogedora que la fría y tosca cueva, donde, los días de frío y nieve, debían cobijarse junto a su madre.

Hacia un año que Gorba les dijo que no habían nacido de ella, sino de otra mujer. Las dos chicas lo aceptaron perfectamente, incluso se alegraron de que sus verdaderos padres se hubieran topado con problemas y no las hubieran podido criar. Se sentían afortunadas de tener a tan generosa mujer como tutora.

Ahora, con una cestita de mimbre cada una, regresaban a la casilla donde Gorba las esperaba con la comida.

Chisida, la pequeña, dos años menor que su hermana, llevaba setas. Trufas negras, robellones, setas de San Jorge, champiñones y colmenillas. No sabía muy bien para qué se empleaban, a excepción de los champiñones y rovellones, con los que Gorba hacía un rico guiso.

Dulza, que siempre había tenido mayores responsabilidades, había sido la encargada esta vez de recoger hierba sacra. Ella sí que sabía para qué se empleaba esa hierba también llamada salvia del Moncayo o selima, pues cuando las encías se le hincharon, Gorba le preparó una infusión con las hojas de dicha hierba que bajaron la inflamación. Había recogido también lavanda, tomillo y romero, y lo que más trabajo le costó: ortigas. No entendía por qué su madre necesitaba tal planta como esa, fea, que no sirve para cocidos y que encima, produce picores. Aún así, la echó gustosamente a la cesta y subió corriendo por la Diezma, hasta llegar a la casilla.

Chisida la seguía de cerca, pero detrás, pues su cesta pesaba más.

Las dos entraron en la casilla ruidosamente y dejaron las cestas sobre el suelo. Gorba las saludó y siguió con la tarea con la que la habían dejado: almacenando hierbas y condimentos.

La comida aún no estaba preparada, por lo que después de ayudarla a organizar un poco todo, se fueron a dar una vuelta.

Se sentaron al lado de una roca, al no encontrar ningún árbol cercano que les diera sombra, se quedaron observando el humo que aún salía del pueblo. Hacia dos días que empezó y aunque ahora era menos intenso, seguía habiendo una columna negra que se elevaba hasta el cielo. Recostaron las espaldas contra la roca, y cerraron los ojos. Querían que las fiestas del pueblo llegaran pronto para poder bajar a los mercadillos y a los bailes que se organizaban en la plaza. Con los laúdes y las vihuelas, los músicos, hacían moverse hasta al más viejo de los griseleros, que sólo tenía cuarenta y dos años. “También un día, tras una misa, varios monjes que venían del convento

de Tarazona entonaban cánticos, haciendo la oración, en opinión de las dos hermanas, más ligera y bella”.

Dulza arrancó una ramita del suelo, y se la puso en las comisuras de los labios. Chisida se rió, recordando a los bruscos campesinos que cazaban de vez en cuando por los lindes cercanos a la caseta donde se encontraban. El sol les bañó la cara, y por pura vagancia, por no querer cambiar siquiera de posición, cerraron los ojos y se introdujeron en un duermevela donde cada una de ellas recordó preciosos momentos de las fiestas del estío pasado.

La tierra donde estaban sentadas empezó a retumbar. Pequeñas piedrecillas se movían de un lado a otro, y las ramas de los romeros se agitaron muy lentamente.

Chisida abrió los ojos, y se incorporó bruscamente. Dulza, que estaba apoyada en su hombro en un dulce sueño, cayó al suelo con un gemido, y al instante se puso a la altura de su hermana para renegarle por el tan mal despertar que había tenido, pero repentinamente, se calló, mirando atónita lo que se figuraba poco a poco sobre el camino que llevaba a la casilla.

Una nube de polvo se elevó y ante ellas se dibujaron las siluetas de numerosos caballos, que se acercaban en dos filas indias, y que no parecían tener intención de parar.

Las dos muchachas echaron a correr hacia la casilla, temerosas de ser arrolladas por los equinos. Los animales aflojaron lentamente el paso. Todo el pelotón se detuvo ante la pequeña construcción de piedra.

Gorba salió caminado poco a poco. La espalda le dolía cada vez más, y sólo las infusiones de ortigas parecían calmarle el dolor. Su rostro estaba lleno de arrugas, y andaba encorvada. Las dos muchachas llegaron hasta ella, y la anciana las rodeó con sus brazos.

Los dos soldados que encabezaban el grupo de jinetes se hicieron a un lado para dejar pasar al único soldado que no portaba yelmo.

-Buenos días, griseleras.-su voz era gutural, y su sonrisa cínica. Hizo gran empeño cuando dijo “buenos”

-Buenos días, buen hombre.-dijo Gorba en tono humilde. Aunque los ojos se le salieron como platos al descubrir el alto rango del oficial.-¿En qué puedo ayudarle, capitán?

Con aires altivos, el hombre, tostado por el sol del verano, desmontó elegantemente de su montura y se acercó hasta las tres mujeres. Dos soldados le siguieron. Se acercaron.

Las muchachas se aferraron más a Gorba. Con un movimiento de la cabeza, el oficial, que observaba a las mujeres expectante, ordenó al primer soldado coger a Chisida que se asió como pudo a Gorba. La mujer comenzó a llorar. Pero sin emitir el menor ruido. Sabía que no tenía nada que hacer contra los caballeros y cayó de rodillas fulminada por el dolor. Dulza, que no sabía si correr en pos de su hermana o aguardar junto a su madre, fue agarrada por la melena por el otro soldado, y conducida hasta la montura de éste. Cuando las dos muchachas se hubieron montado, el oficial extrajo un papel, y leyó:

-Por expresa orden del Tribunal de la Inquisición, cuya sede se encuentra en los dominios de nuestro Rey, todas las personas culpables de negociar, contactar,-leía en tono firme- o tener cualquier otra clase de relaciones con el Diablo, serán ejecutadas sin miramientos. Aún daremos otra oportunidad a aquellas desdichadas que, traicionando al Diablo, confiesen su gran pecado.

Y tras este pequeño discurso, los caballos agitaron de nuevo una nube de polvo que cegó los húmedos ojos de Gorba. Los cascos repiquetearon sobre la tierra unos minutos, y aun así, los gritos de las niñas no cesaron ni cuando llegó el pelotón al pueblo.

Edita frotaba los viejos vestidos contra el raspador. El pequeño riachuelo que pasaba cerca del pueblo y regaba los numerosos cultivos que este año habían sobrevivido a la intemperie, servía a veces, para poder fregar o lavar pucheros o trapos. Edita intentaba limpiar el barro que tenía el vestido de su hermana. Zita lo llevó el día de antes de que la apresaran; aún olía a romero. Hierba que solía recoger a menudo, y con la que Edita enriquecía sus guisos. El agua se agitó de pronto y Edita alzó la cabeza.

Pequeñas ondas se dibujaron a lo largo del río, creciendo en su tamaño a medida que se alejaban de la orilla.

Su melena morena, mojada por las lágrimas, se le adhirió a la cara. Aunque la rabia le hizo apretar el puño hasta que se hizo daño, no pudo dejar de llorar ni un solo momento. El pelotón que había capturado a su hermana volvía ahora de su pequeña salida al monte. Todas las mujeres sabían a dónde iban, pues más de una vez, las pequeñas hermanas Lafuente habían bajado al mercado, dando un toque de color y belleza a los pocos puestos que se montaban. Su madre adoptiva, sin embargo, sí que era muy conocida por todas, pues sus remedios medicinales-curativos se extendían por toda la Comarca.

Las dos niñas, sujetadas por la cintura, montaban a lomos de dos caballos, delante de los soldados. Se oían sus gritos de pena a pesar de que pasaron lejos del arroyo.

Edita, a sabiendas de lo que iba a pasar, cogió el camino más rápido y se dirigió hacia el bosque. O acababan con esa estúpida orden de la Inquisición, o el año que viene no habría ninguna mujer que cultivara los campos mientras los hombres cazaban. Su hermana había muerto a manos de ese capitán. ¿Pero cuántas más iban a ser torturadas, humilladas y quemadas? Grisel había sido un pueblo muy tranquilo hasta que habían venido los soldados. Edita, que sabía que ahora más que nunca sus compañeras de tareas la apoyarían pues todas sentían la muerte de Zita, levantó la testa y agarró los pliegues de su delantal para no tropezar por el camino.

-Esto va a volver a la normalidad-se decía Edita camino del pueblo-va a volver a la normalidad como que yo me llamo Edita Magallón.

Y a paso raudo y limpiándose como podía las lágrimas, cruzó con la cesta de mimbre donde transportaba los vestidos, por enfrente de las casas y fue llamando una por una a todas las habitantes de Grisel decidida a hacer una reunión.

Era de noche y Gorba no podía ni ponerse la pequeña chaquetilla de piel de oveja que la protegía del cierzo que soplaba por esos días en La Diezma. Después de tranquilizarse con varias infusiones, tomó la pequeña piedra blanca que la había acompañado desde pequeña y entonó una oración. Luego, tras enfundarse la escasa ropa de abrigo que tenía entre sus pertenencias, salió de la casilla, en dirección a una roca cercana, donde habían quedado todas.

Edita llegó aquella tarde, y tras consolar a Gorba, la convenció de que sus hijas no morirían de la misma manera que Zita. Gorba negó en redondo, no creía

posible el poder salvar a sus niñas, pero tras escuchar el plan algo iluminó su mente, y el amor de madre que tenía hacia las dos pequeñas, afloró dando fuerzas a su ya desgastado cuerpo.

Así pues, con unas pocas esperanzas, la vieja mujer comenzó a descender por el monte hasta llegar al lugar de reunión.

Tan sólo había tres mujeres, Monlora, Sara y Rafela, que estaban sentadas la una a la otra, riendo y conversando. Las tres se levantaron, y como si fueran buenas amigas abrazaron a Gorba, que a punto estuvo de que se le saltaran las lágrimas. Rafela, hija de una gran amiga de Gorba, la elevó por los aires en un abrazo del que creía que no sobreviviría.

-Tendrías que haber nacido hombre.-dijo Gorba nerviosa, intentando olvidar de su mente la noche que la esperaba.

Las tres mujeres rieron al unísono. Aunque la broma había conseguido alejar de la mente de Gorba la angustia que reflejaban sus ojos, sus manos comenzaron a temblar violentamente, tanto que la pequeña piedrecita que le traía suerte resbaló por entre sus dedos y se perdió entre la tierra.

Sara, hija de otra de las muchas amigas de Gorba, se acuclilló y recogió el amuleto.

-No te preocupes.-le dijo con su inconfundible tono dulce y aterciopelado, capaz de sosegar a las más violenta de las criaturas.- Todo saldrá bien. Y si no, como todas somos brujas, compartiremos lo que nos espere tras la muerte una al lado de la otra.

Gorba sonrió y cogió la piedra blanca que Sara le tendía. "Gracias" pensaba para sus adentros."Gracias por haber tenido la suerte de no caer en el olvido" se dijo a sí misma, como si su alma la escuchara.

Edita, en la que más confiaba, aún no había llegado. Al ver Sara que escudriñaba la oscuridad, le posó una mano sobre el hombro y le susurró en su tono sereno:

-Tranquila Gorba. Ahora viene. Ha tenido problemas, pues la han visto salir de casa con las demás, pero al fin y al cabo, eso es lo que pretendíamos.

Gorba asintiendo, le dedicó una sonrisa que fue devuelta por las tres jóvenes. Se sentía respetada, como nunca se había sentido. Era la mujer más anciana, rondaba ya casi los cincuenta, y si hubiera bajado a vivir al pueblo hubiera sido acogida en casi cualquier casa. Se le pasó la idea por la mente. Pero pronto volvió a pensar en sus hijas, de once y trece años, que seguramente estarían siendo torturadas o abofeteadas como muchas otras jóvenes de los pueblos de La Comarca.

A los pocos minutos, unos ruidos metálicos comenzaron a inundar el monte, el pueblo, y todo el Moncayo. El ruido ascendía de piedra en piedra y de matorral en matorral.

Hasta que paró, y unas voces femeninas comenzaron a elevarse entre risas y gritos.

Subían las restantes mujeres, unas veinte por la ladera en pos de Edita. Unas chocaban pucheros, las otras cantaban sobre el romero y la lavanda y otras gritaban mientras reían, como si una euforia invisible las hubiera contagiado a todas.

Las tres mujeres se levantaron y se unieron, mientras Gorba permanecía en silencio, asombrada por tal muestra de valentía. Sabía lo que pretendían.

Mientras unas distrajeran a los soldados, la otras rescatarían a las niñas y las esconderían.

El plan era perfecto, además, un gran número de mujeres había querido participar, nadie contaba con que más de cinco arriesgaran tanto por las hijas de Gorba. Pero no fue así, y ahora, la veintena de mujeres, ascendía por el monte gritando. La anciana se unió, confiando en que, por lo menos, estas mujeres no corrieran la misma suerte que sus hijas.

Bañadas por la oscuridad, las casas de Grisel fueron poco a poco iluminadas. Chimeneas, hogueras, lámparas de aceite o ramas. Decenas de lucecitas crecieron alrededor del pueblo, hasta que a estas últimas, desperdigadas, se les unieron unas mucho más uniformes y mucho más ordenadas.

El obispo, Don Abarés, despertó a los soldados a empujones, hasta que todos estuvieron de pie. Aunque el ruido ya cesaba, aún se escuchaban los repiqueteos del metal y los gritos distorsionados.

-Se han unido muchas, Semón.-le dijo al oficial de alto rango.-Se han juntado para alabar a quien todos sabemos. Tienen que morir.

Reflexionando, Semón se echó sobre la camisa la capa, y dejando la armadura en la iglesia, enfundó su espada y montó en su robusta montura.

-Vamos señores. Nos espera buena caza.-y tras encender varias luces, espolearon a los caballos.

Eran las antorchas del ejército, las que como una serpiente de fuego, ascendían rápidamente hasta La Diezma.

Al ver que el pelotón había partido, las mujeres se organizaron de modo que, cinco trazaron corriendo una amplia curva que descendía hasta Grisel, suficientemente ancha como para no ser vistas por los soldados, y las otras se encaminaron hacia las bodegas, como estaba previsto.

Sara y Monlora, que parecían ser las que estaban al mando del reducido grupo de féminas, dieciocho en total, las conducían a través del escarpado monte rápidamente.

-Ha sido una idea fabulosa-decía entre jadeos Gorba a Sara. Ésta última la llevaba casi en volandas con la ayuda de otra mujer, Remedios, a la madre de las dos hermanas capturadas.

-Sí.-apoyó Remedios-mientras nosotras estamos aquí, jugándonos el pellejo, y siendo acusadas de brujas, las otras van a la seguridad del pueblo. ¡Anda, que son tontas y todo!-dijo en tono sarcástico.

-Lo hacen por todas-dijo Sara.-No quiero ni que mi hija ni yo muramos en la hoguera, y más, después de conocer que el alcalde tenía a varias de nosotras en su lista de sospechosas.

-¿Cómo sabes todo eso?-decía con la voz quebrada la vieja mujer que estaba siendo casi transportada. Una joven que corría delante de ellas tropezó y cayó al suelo. Monlora fue corriendo a ayudarlo y Sara siguió llevando a la anciana.

-Mi hermano es el ayudante del alcalde.-contestó.-Se entera de cosas que nadie sabe hasta que pasan y, al ver que estaba en peligro, me pidió que me fuera del pueblo.

Humm-fue la contestación de Gorba, que ya no podía ni andar. Las rodillas le fallaban, y cada vez, oía más cerca el sonido de los cascos de los caballos. Los agujeros que se perfilaban en las elevaciones del terreno contenían luz dentro, y fueron cerrando las puertas a medida que todas hubieron entrado. Los soldados, se detuvieron frente la puerta, y desmontaron. El fuego de las antorchas emitía haces de luz que se colaban entre las ventanas de las puertas

de las bodegas. Mientras, silenciosamente, las mujeres iban pasando poco a poco hacia el final del reducto subterráneo.

Un soldado agarró el picaporte de una de las dos puertas en las que habían detectado un ruido y lo giró, haciendo a todas las mujeres, aguantar la respiración.

En ese momento, Gorba terminó de entonar una oración, que, como vería más tarde, sería escuchada.

Las cinco mujeres atravesaron silenciosamente el pueblo. El plan estaba trazado, y, aunque el dar un buen golpe en la barriga del alcalde no entraba en él, tal vez, si sobraba tiempo, podrían variarlo.

-Rafela.- dijo Edita y la mujer a una simple señal, fue por la puerta trasera de la iglesia. Su fuerte espalda y su ancha constitución le otorgaban una fuerza física comparable a la de muchos hombres. Su marido era uno de los que no habían protestado al ver partir aquella noche a su mujer, pues, a pesar de que Rafela le sacaba una cabeza y media, y era el doble de ancha que el pequeño hombre, la quería, y conocía su buen corazón.

Por eso, Babón, se quedó fregando los poco platos de madera que tenían, sabiendo que luego, todos los demás harían bromas sobre su comportamiento.

Rafela volvió al cabo de un rato. La puerta trasera no estaba abierta. Nadie vigilaba la entrada. Puede que los soldados no la hubiesen cerrado.

La cabecilla estiró la mano, y el contacto con el frío hierro le hizo olvidar sus pensamientos dirigidos a su hermana.

“Zita, ayúdame” le rogó. Y como si hubiera escuchado su súplica, al girar el pomo, la puerta se abrió con un corto chasquido.

Sólo entraron dos mujeres, Rafela y Edita, que eran de constitución más fuerte. Las demás aguardarían vigilando la llegada de los soldados.

Los maridos de las mujeres, que también rondaban por el pueblo, no causarían ningún problema. Pues los que no habían sido amordazados, habían sido emborrachados. Por lo tanto, las tres mujeres se quedaron una no muy lejos de la otra, hablando de sus problemas cotidianos.

La estancia era fría. Nunca habían estado en la iglesia del pueblo, ya que nunca habían sido debidamente instruidas sobre la religión, y ahora, miraban a la figura que se erguía ante ellas con una mezcla de miedo y compasión. El gran Cristo construido en madera las miraba por los agujeros del mantel.

Las dos hermanas permanecieron abrazadas cuando el cura las metió debajo del altar cubierto con un mantel blanco.

Las había observado mientras los soldados las ataban, y alguno que otro las golpeaba.

Cuando un ruido aterrador entró a la iglesia, los soldados salieron corriendo. Chisida pensó que tal vez fuera el sonido de la muerte que llegaba hasta ella. Dulza, por otra parte, intentó buscar una manera de salir de allí, ya que con la violenta vigilancia a la que estaban destinadas, por ahora no iban a poder ni moverse un centímetro.

-Quedaos aquí, brujas-les dijo el cura con tono insultante. Luego, les escupió. La saliva cayó por el brazo de Chisida que puso cara de asco y se limpió con el mantel del altar.

Dulza sonrió. Su hermana siempre la hacía reír en los peores momentos. Aún mantenía la mueca de repugnancia, arrugada la nariz y enseñados los dientes, cuando unos pasos retumbaron en el pasillo que llegaba hasta el altar. El cura se puso tenso y comenzó a pedir ayuda a gritos. Llamaba a los soldados desesperadamente, aunque sabía que se encontraban lo suficientemente lejos como para no oírle.

Unas manos fuertes, las de Rafela, le golpearon la cara varias veces, y le taparon la boca con un pequeño mantel blanco que había sobre una mesita de madera.

Las dos hermanas oyeron los gritos del cura y cómo poco después, caía sobre el suelo de madera. Chisida asomó la cabeza. Dulza intentó detenerla temerosa de que lo que hubiera golpeado al hombre hiciera daño a su hermana; pero algo la había sacado de debajo del altar, dándole tiempo a ver unas piernas blancas, y luego, los ondeantes pliegues del mantel.

Otras manos se filtraron bajo la tela buscando su cuerpo. Eran unas manos finas, que hubieran sido bonitas si no fuera por las marcas del trabajo. Encontraron su hombro, la cogieron con fuerza, y la sacaron de allí.

Las dos hermanas se quedaron calladas, observando a las mujeres que estaban frente a ellas. Una tenía el pelo castaño, la espalda muy ancha y su expresión era de enfado. La otra, más bajita y estrecha, portaba una larga y negra melena. Les sonreía con los ojos vidriosos.

-Me llamo Edita, niñas. Ésta es Rafela.-dijo la de pelo negro señalando a la mujer que tenía expresión de disgusto.

-Hemos venido a sacaros de aquí.-esta vez habló Rafela. Las niñas se quedaron maravilladas por su suave tono de voz que contrastaba notablemente con su aspecto físico, algo rudo y descuidado.

Cuando Dulza iba a agradecerles el inesperado rescate, unos golpes sonaron en la puerta entreabierta de la iglesia, al final del corto pasillo. Edita y Rafela agarraron a las niñas y echaron a correr. Chisida, al pasar junto al cura, le devolvió el escupitajo. El hombre se revolvió un poco, pero los golpes hacían su efecto y ni siquiera abrió los ojos.

Las cuatro muchachas salieron a toda prisa de allí. En la puerta, las otras tres mujeres que hacían guardia sonrieron a las que habían sido rehenes e informaron de, que una parte del ejercito bajaba muy rápido hacia el pueblo.

Edita cogió a Dulza, y se la llevó corriendo, a través de las calles.

Chisida quiso seguir a su hermana, pero Rafela le agarró del brazo.

-Necesita su ayuda, pequeña. Nosotras debemos irnos, y estamos cansadas, al contrario de tu hermana.

-Pero yo también puedo...

-No. Tú debes acompañarme a mí porque yo sólo voy con mujeres guapas, y tú eres bastante más guapa que tu hermana, por eso te elegí.-la interrumpió.

-¿Me elegiste?

Con un gesto afirmativo, levantó a la niña en el aire y la cargó a su espalda. Entonces, lo más raudas que sus piernas las dejaron ir, subieron hacia las bodegas, cruzándose en el camino con los soldados, que afortunadamente no las vieron.

El picaporte no se abrió y todas emitieron un leve suspiro. Gorba besó la piedra, temblando. Alguien se había acordado de cerrar la vieja puerta de madera. La primera preocupación de la anciana era que filtraran fuego por la

puerta, y que las botellas de vino que solía haber, causaran un gran incendio. Pero miró a su alrededor, y constató feliz, que en todo habían pensado las jóvenes.

La cueva estaba vacía en su totalidad, excepto por algunos taburetes y numerosos cubos de agua.

Los soldados arrojaron varias veces antorchas por la pequeña ventana. Pero las que no se apagaban del golpe contra el suelo, lo hacían con un cubo de agua.

Sara, que era la que más cerca estaba de una de las dos puertas, arrojó el líquido del cubo al que reconoció como oficial. Éste, gritando, ordenó partir por aceite y vino, para prenderles fuego y que murieran todas ahí, abrasadas.

Las mujeres se burlaban de los soldados para intentar disipar sus miedos. Les gritaban de todo; insultos contra su físico, sus maneras de andar, su familia e incluso criticaban el mal trabajo al que se dedicaban.

La madre que más se vio perjudicada fue la del alto oficial, que rechinaba los dientes y daba patadas a las puertas.

Los hombres sobrios que habían sido amordazados pero no emborrachados ya esperaban en la plaza del pueblo. Edita y Dulza se encargaron de desatarlos y contarles todo lo ocurrido, y muchos de ellos, aunque al principio dudaron, dibujaron una mueca de odio cuando se les informó de que sus mujeres iban a ser quemadas vivas.

“Mi mujer no es bruja” Gritaban todos. “Si Zita hubiera tenido marido esto no hubiera pasado” pensó Edita, que se abrazaba a su hombre disculpándose por todo.

-¡Al monte!-gritaron. Y corriendo, atravesaron el pueblo, para pisar ya terreno más árido.

Los soldados que habían sido mandados por combustible, fueron interceptados por el camino. Tras golpearlos, varios hombres cogieron sus caballos, y acoplaron a Edita y a Dulza, mientras los restantes las seguían de cerca.

Pero no tenían nada que hacer contra la decena de jinetes que esperaban frente a la puerta. Dulza, la mayor de las Lafuente, sacó de pronto de su delantal una espada, que se la arrojó a Edita. –La encontré en la iglesia.- le dijo mientras desmontaba del caballo.

La hermana de Zita asintió y se preparó para lo que parecía una batalla.

Los griseleros, armados con azadas y guadañas, no superaban los treinta y cinco.

Mientras que los armados caballeros, aunque no eran más que diez ya que los restantes habían bajado a pueblo y no habían regresado, se podrían librar fácilmente de unos cuantos campesinos. Al menos, eso creían.

Todos desmontaron de los caballos y formaron una línea horizontal. El capitán estaba detrás de sus soldados, y sonreía ante lo que sabía, sería una masacre.

Los aldeanos echaron a correr, alzada la guadaña, y chocaron contra el frío metal.

Se abalanzaron todos como pudieron sobre los soldados.

El que sí que impartía estocadas era el capitán, que detrás de la barrera humana se manejaba mejor. Pero no esperaba que la veintena de mujeres que aguardaba en las bodegas, salieran con cubos de agua tras él. Cada uno se

movía como podía. Trataban de arrebatar las espadas a los caballeros, mientras estos intentaban rajar, trincar o herir los cuerpos de los hombres que se les echaban encima.

Después de arrojar el agua de nuevo sobre el oficial, éste, enfadado, se dirigió hacia las mujeres, pero entonces una lluvia de recipientes de madera, e incluso, algunos de metal, le golpearon todas las partes de su cuerpo, dejándolo confundido.

La barrera humana que lo protegía, se rompió, liberando el paso a los aldeanos que se arrojaron sobre el oficial. El hombre gritó cuando lo tiraron al suelo, y los griseleros le hicieron callar. Las guadañas y azadas salían teñidas de color púrpura, que bañaba desde las puntas de los metales hasta los delantales de los campesinos.

Las mujeres se agruparon detrás de las bodegas, algunas lloraban de alegría, y las otras se abrazaban. Las hermanas Lafuente corrieron hacia su madre, a quien le volvió el color a la cara después de acariciar los cabellos de las muchachas.

Entre risas y lloros, las más animadas comenzaron a cantar entre susurros, la canción que cantaron cuando intentaban captar la atención de los soldados.

Algunos aldeanos, heridos durante la batalla, fueron atendidos. No había más que uno de gravedad, al que le habían herido en un muslo.

-Esta historia acaba demasiado bien.-dijo el alcalde.

-Para mí no acaba tan bien, Román.-dijo Edita. El hombre se acercó y la abrazó, llorando y pidiéndole disculpas.

Nadie sabía si de nuevo, otro pelotón volvería a Grisel, pero la gran alegría inconfundible de los aldeanos pronto volvió a rebosar.

-Son más blandos que la mantequilla.-dijo Rafela, quién había rodeado con sus brazos a su delgado marido y lo levantaba en el aire para luego volverlo a postrar sobre la tierra. Miraba al alcalde con mueca de disgusto, como siempre, mientras lo veía llorar.

Así, minuto tras minuto, las disculpas inundaron el ambiente, y los abrazos, conmoviendo a todos, no dejaron de repetirse hasta casi el amanecer.

Cuando las primeras luces del alba rociaron con su anaranjado brillo la luna argétea, que se comenzaba ya a esconder entre las tinieblas añiles, las hermanas Lafuente y Gorba, volvieron a su casilla. Estaba igual que como la dejaron.

Apretujadas, se tumbaron como pudieron entre los circulares muros de piedra, intentando olvidar todo lo ocurrido.

El sueño, aunque movido, las dejó descansar.

Cuando el sol ya estaba en el punto más alto, en el medio del cielo, Edita y Rafela subieron a verlas.

Traían tres culecas, que habían preparado sólo para ellas, y que las niñas aceptaron con los ojos como platos.

-En mi casa hay sitio de sobra, Gorba. No tenéis por qué vivir aquí, como... como animales.

-Eres muy amable Edita-decía la anciana mientras observaba cómo Rafela encorría a sus hijas.-pero no me parecería bien.

-Oh, vamos, Gorba. Las niñas me ayudaran en la época de siembra y recolección.

Gorba se lo pensó. Tal vez el olor del romero siguiera entrando por la ventana de la casa de Edita.

Tal vez el intenso amanecer pudiera calentar de igual manera el tejado de paja que las escarpadas colinas de La Diezma.

No lo sabía.

Sólo sabía que quería lo mejor para sus hijas, y, que las culecas de Edita eran fabulosas.

-Está bien.-dijo Gorba convencida.-Iremos a tu casa, Edita, en calidad de trabajadoras.

Edita rió y abrazó a la anciana. Luego, recogiendo sus pocas pertenencias, entre las que se encontraban todas las hierbas que Edita más tarde, utilizaría para sus guisos, descendieron despacio del monte disfrutando del precioso y cálido paisaje.

Sin embargo, un poco más lejos, rompiendo los pardos tonos característicos de la Diezma, los elevados picos malva del Moncayo se elevaban amenazadores vigilando toda la Comarca, vigilando Grisel.

A mi abuela, Dora.